

**VIDA Y LECCIÓN
DE ANSELMO LORENZO**
Eduardo de Guzmán

**COMISION DE PROPAGANDA
CONFEDERAL Y ANARQUISTA**

REFORMA AGRARIA, 20

Teléfono 21764

MADRID

Compendio pbs. 274 y 285.

Folleto Caselmo Lorenzo.

Por Eduardo de Guzmán

Es dura y agria nuestra lucha de hoy. Exige esfuerzos, sacrificios, heroísmos prodigados sin tasa ni medida. Cada paso adelante va ligado al recuerdo de un compañero que nos dejó para siempre; cada conquista está pagada con sangre generosa de hermanos; en cualquier instante puede llegarnos la ocasión de tener que darlo todo por el ideal perseguido. Pero, con todo su dolor y toda su amargura, la contienda tiene el acicate de vislumbrar en lontananza la consecución de nuestros sueños; el estímulo de contemplarlos, siquiera sea en una parte mínima, transformados en realidades. Es fácil en estas condiciones continuar en la brecha, saltar por encima de los obstáculos, vencer el desanimo de una derrota momentánea, es espera de la gran victoria definitiva. Lo es doblemente, cuando a nuestro lado, pensando y sintiendo como nosotros, pelea la mayoría del pueblo español; cuando sabemos que ningún sacrificio será estéril y que la sangre de los mártires es semilla que florece en cosecha de libertades. Lo áspero, lo ingrato, lo difícil era combatir cincuenta años atrás, moverse en un ambiente hostil, lanzar ideas generosas sobre cerebros cerrados a toda innovación. Lo admirable, por abnegado, era actuar en la España diferente y cerril del último tercio del pasado siglo; sembrar sin esperanzas de recolección; morir sin saber si nadie sería capaz de apreciar toda la grandeza

del ideal por el que se ofrendaba la propia vida. Hacer, en síntesis, lo que supieron hacer nuestros precursores, los luchadores abnegados y heroicos que nos abrieron la senda por la que caminamos hoy.

Por mucho que la inquietud de la pelea llame a nuestros espíritus, aunque parezca que no tenemos hora libre ni minuto desprovisto de ocupación, no es inútil hacer un breve alto en el camino, volver la vista atrás, evocar la obra admirable de quienes iniciaron la tarea que nosotros hemos de llevar a su culminar victorioso. Fueron hombres que lucharon sin la ilusión de poder contemplar nunca el triunfo de su ideal; hombres cercados por la enemistad y el odio, en cuyas carnes mordieron los látigos de la injusticia y cuyo espíritu hincaron sus dientes los lobos rabiosos de la calumnia rastrera y de la injuria soez. Fueron luchadores que supieron caer con un gesto digno, aunque no se llevasen en las pupilas la visión alentadora de un pueblo levantado en armas contra la barbarie y la injusticia, sino el panorama de una sociedad decrepita, que con la muerte física del individuo creía ahogar el ideal redentor que guio sus pasos e inspiró su vida. Asombra su gesta, aun viviendo la gesta maravillosa de la España actual. Asombra por la voluntad, por la firmeza de convicciones, por el heroísmo ignorado y silencioso que implica en todos y cada uno de los

hombres; por el temple moral inigualable; por la lección y el ejemplo que supieron legarnos, sin los cuales acaso no seríamos nosotros lo que somos hoy. Muchos hombres de aquella época nos son desconocidos; de otros apenas si tenemos una idea ligera y vaga; de algunos conocemos artículos sueltos y retazos de conferencias o discursos; de muy pocos sabemos como merecían todos, la vida y la obra, íntegramente la vida y la obra. Y todos ellos –luchadores del temple y del espíritu de Fargas Pellicar, de Morago, de Sentión, de Rubio, de Salvochea, de Serrano, de Viñas, de Mella, de Pedro Esteve, de Cuadrado, de Tárrida del Marmol, de Tomás- merecían un conocimiento exacto de su actuación, un recuerdo íntimo y emocionado de todos nosotros. Algún día, cuando la turbulencia de la lucha actual se aquiete en remansos de relativa paz, habrá ocasión y tiempo de estudiar a fondo esa época heroica que va desde la primera república a los finales del siglo, durante la cual los anarquistas supieron escribir con hechos una epopeya auténtica, digna y directa precursora de la que ahora estamos viviendo.

Pero si no tenemos oportunidad hoy para intentar esa labor, sí la tenemos para esbozar ligeramente, en los límites breves de un folleto, el ejemplo de la vida y la obra de uno de los mayores luchadores proletarios, de Anselmo Loren-

zo. Podríamos hacerlo de una manera sencilla y rápida, limitándonos a poner el relato de sus hechos junto a la fecha en que fueron realizados. Pero, de proceder así, tendríamos por fuerza una idea débil y pálida de sus esfuerzos y de su trabajo. Quedaría la figura sola, aislada, separada del marco adusto de la época en que hubo de moverse. Y acaso aparecía empresa fácil, lo que en realidad estuvo tachonado de sacrificios y preñado de obstáculos. Es preferible – aun dentro de la brevedad impuesta por la exigua extensión del folleto– trazar a la ligera un cuadro de la época en que se mueve y trabaja. De las épocas mejor. Porque a lo largo y a lo ancho de la vida de Anselmo Lorenzo podemos encontrar tres épocas totalmente distintas entres sí. La primera abarca desde el turbulento Madrid isabelino, hasta la desaparición de las ilusiones revolucionarias con la restauración de la monarquía borbónica. La segunda todo el periodo de fría indiferencia, de languidez mortal que invade a España hasta la pérdida de las colonias. La tercera las luchas violentas de la Barcelona proletaria hasta la constitución de la Confederación Nacional del Trabajo. Entre una y otra época hay diferencias sensibles. Entre la primera y la última un auténtico abismo. No en balde transcurren cincuenta años. Medio siglo durante el cual unos hombres de

temple han conseguido encauzar revolucionariamente los ímpetus y las energías del proletariado español...

Anselmo Lorenzo nace en 1841 en Toledo. Pronto viene a Madrid. Aprende el oficio de tipógrafo y trabaja en una imprenta. Se vive una época preñada de inquietudes políticas. Aplastado por O'Donnell y Narváez el movimiento progresista del 56, desvanecida la ilusión despertada por la guerra de África, acentuada la descomposición monárquica, la ciudad se agita en conspiraciones, pronunciamientos y complots. Frente al espadón de Loja, contra los caprichos y veleidades de la reina castiza y erótica, está casi todo el país. No hay un movimiento obrero organizado. Clandestinemente sigue actuando en Barcelona la Asociación de Tejedores, disuelta ya seis o siete veces; en Andalucía se agitan los campesinos en movimientos esporádicos y muy espaciados; en Madrid sólo preocupa la política. Prim conspira por un lado; los duques de Montpensier por otro; los republicanos por otro. Una huelga estudiantil mancha de sangre las calles. La noche de San Daniel caen muchos jóvenes antiborbónicos. Los sargentos del cuartel de San Gil son fusilados en masa. Pero la inquietud crece y se extiende. Castelar habla; Pi y Margall escribe; los españoles arrastran

sus charrascos por las antecámaras palaciegas; en todas partes se anuncia la próxima llegada de “la gorda” y “la niña”...

Anselmo Lorenzo, joven, decidido, audaz, siente todas las inquietudes de la hora. Circulan periódicos y manifiestos clandestinos. La mayoría no pasan de ser anteisabelinos o republicanos vergonzantes. Hay, sin embargo, algunos y buenos libros. Pi y Margall, que representa la extrema izquierda política, que propugna un federalismo que entusiasma a los republicanos avanzados y a los trabajadores más conscientes de la época, ha traducido varias obras de Proudhon. Además, durante el bienio progresista, publicó una obra magnífica; *Evolución y revolución*. Lorenzo lee con avidez las obras de Proudhon que van forjando su mentalidad ácrata. Todavía es un poco pronto para que se manifieste. No está más que esbozada su formación. Aún Salvochea mismo no pasa de ser un conspirador republicano. Pero ya, en medio de las represiones policíacas, entre el ruido de las conspiraciones cuarteleras, hay en España quien comprende que el problema no está resuelto con el destronamiento de Isabel, ni siquiera con la implantación de una simple República.

El 68 encuentra formado, en un sentido revolucionario, a Anselmo Lorenzo. El 68 no es, en realidad, más que un cambio de decoración. Isabel huye de España y el trono queda vacante en espera de que Prim encuentre un sucesor; unos espadones son sustituidos por otros. Pero, al menos, hay libertad para moverse, para organizarse, para emprender una propaganda intensa. En Cataluña resurgen a la luz pública las asociaciones obreras; en Andalucía adquieren consistencia las rebeldías campesinas; en Madrid, en Valencia, en Valladolid, en Alcoy, en La Coruña, crecen potentes las organizaciones netamente proletarias, influenciadas por las doctrinas de Fourier y Proudhon. Pronto el movimiento obrero recibe un refuerzo poderoso. Enviados por la Internacional llegan a España, en viaje de propaganda, Pablo Lafargue y Jose Fanelli. El primero, familiar de Marx, es socialista autoritario; el segundo, compañero de Bakunin, libertario. Pero mientras del primer viaje de Lafargue apenas quedan recuerdos, Fanelli, que encuentra campo apropiado, realiza una obra seria y fecunda. Las ideas libertarias encuentran terreno abonado en España. Pronto en torno a Fanelli hay un puñado de cerebros despiertos y muchos millares de obreros industriales y campesinos. Fanelli cuenta con auxiliares poderosos. Y en primera fila figuran Anselmo Lorenzo, Morago y Fargas Pellicer.

Inicia entonces Anselmo Lorenzo una labor intensa de propaganda. Durante más de un año se mueve incesantemente, sembrando los nuevos ideales que van mucho más lejos del federalismo. Pronto, por su cerebro, por su actividad, por su entusiasmo, por la certeza con que enjuicia y resuelve los problemas, es el alma del movimiento libertario español. Constituidas asociaciones obreras en la mayor parte de la población española, trabaja en la celebración de un congreso obrero. Surgen discrepancias respecto al lugar de su celebración. En febrero de 1870 se celebra un referéndum entre las distintas secciones, aprobándose por gran mayoría que el comicio se celebre en Barcelona. Poco después del referéndum se constituye en España la Alianza de la Democracia Socialista, fundada ya en varios países por Bakunin y sus amigos, cuyo objetivo era luchar en el seno de la Internacional contra la influencia de las tendencias autoritarias. Lorenzo es uno de sus inspiradores en España.

El Primer Congreso Obrero Español es un éxito completo. Duran sus sesiones del 19 al 26 de junio de 1870. Un grupo de jóvenes militantes anarquistas encauzan certeramente las deliberaciones. Anselmo Lorenzo participa de manera principalísima. Luego de aprobado los estatutos de la Federación Regional Española, Lorenzo presenta una memoria sobre "La Internacional con relación a la política", que es

aprobada en medio del mayor entusiasmo. En ella, trazando certeramente el camino por donde marchar durante largos años el movimiento libertario, se afirma: "Toda participación de la clase obrera en la política gubernamental, no podrá producir otros resultados que la consolidación del orden de cosas existente, con la paralización consiguiente de la acción revolucionaria del proletariado. El Congreso recomienda, por lo tanto, a las secciones, que renuncien a toda acción corporativa que tenga por objeto efectuar la transformación social por medio de reformas políticas nacionales y las invita a emplear toda su actividad en la constitución federativa de cuerpos de oficio, medio de asegurar el triunfo de la revolución social".

Las características apolíticas y libertarias del movimiento obrero español quedan claramente fijadas por Anselmo Lorenzo en el primer congreso de nuestro proletariado. Al Congreso han asistido noventa delegados en representación de ciento cincuenta asociaciones. No ha habido discrepancias profundas. Todos están conformes con la afiliación a la Asociación Internacional de Trabajadores y con la tónica que Anselmo, Fargas Pellicer, Meneses y Trinidad Soriano imprimen al proletariado español.

Se viven horas de optimismo entre los líderes del proletariado español. El Consejo Federal, del que forma parte Anselmo Lorenzo, recibe sin cesar adhesiones de asociaciones nuevas que por todas partes se constituyen. En el mundo entero la Internacional cruza sus días de máxima influencia y esplendor. En España el pueblo exige por medio de protestas y motines, una marcha acentuadamente izquierdista. Prim muere por empeñarse en conservar la forma monárquica. Los republicanos ganan en todas partes posiciones. Los federales, los más numerosos, preconizan un régimen de transición entre las República de izquierdas y el socialismo libertario, con su doctrina del estado-mínimo. Parece próxima la hora de la revolución.

Anselmo Lorenzo ha fundado un periódico, *Solidaridad*, donde explica y defiende las concepciones anarquistas. En Barcelona hay otro, *La Federación*, que sustenta las mismas doctrinas. La siembra de magníficos resultados. En Cataluña y Andalucía el proletariado ingresa en masa en las organizaciones obreras.

Como delegado de la Regional Española, Anselmo Lorenzo asiste al Congreso de la AIT en Londres. Allí conoce de cerca a Marx y Engels, y se siente más unido a Bakunin. Vuelve de Londres e intensifica su labor propagandista en de-

fensa de las ideas libertarias. Luego se celebra el segundo Congreso en Valencia que demuestra el desarrollo alcanzado por el movimiento obrero.

Pronto llegan, sin embargo, horas de dificultad y amargura. La derrota de la *Comunne* es el preludio de una persecución a fondo contra la Internacional. En Francia el movimiento proletario queda totalmente descoyuntado. En Inglaterra y Alemania arrecian las persecuciones contra los elementos más avanzados. En España, como culminar de una represión, se discute en las Cortes la legitimidad de la Internacional. Son inútiles los esfuerzos de Pi y Margall. Pese a su encendida defensa, el Parlamento declara ilegal la organización obrera y ordena en enero de 1872 la disolución de la Regional Española. (Apenas organizado el movimiento libertario español tiene que afrontar su primera represión. Por fortuna, sabe adaptarse magníficamente a las circunstancias. En la clandestinidad, la Federación continúa funcionando).

Pronto hay que afrontar dificultades mayores. En la Internacional se ha producido abiertamente la escisión entre marxistas y libertarios. Los socialistas autoritarios emplean todos los procedimientos para debilitar la posición de los anarquistas. Pablo Lafargue, yerno de Marx, intriga en Es-

pañá. En 1872, tomando como pretexto las actividades de la Alianza de la Democracia Socialista, Lafargue, utilizando a un grupo de obreros madrileños entre los que se cuentan Pablo Iglesias y Mesa, escinde le movimiento proletario español. No hay entonces razón ni motivo para ello. No hay ni siquiera núcleo fuertes que apoyen a los escisionistas. Pero de todas formas la maniobra de Lafargue da sus tristes frutos. No son todavía muy amargos; pero no tardarán en serlo, ocasionando un daño terrible a los trabajadores españoles. Anselmo Lorenzo hace lo posible y lo imposible por evitar la escisión. Comprende perfectamente los perjuicios que puede causar en el porvenir un movimiento proletario desunido. Pero todos sus esfuerzos se estrellan contra la intransigencia de Lafargue y quienes en España le secundan, a pesar de no ser ni representar nada en le conjunto del movimiento obrero.

Después se suceden con rapidez vertiginosa los acontecimientos. La Internacional queda rota en el Congreso de la Haya. Cada tendencia tira por su lado.

El Congreso de Saint Imier es un esfuerzo gigante de los libertarios, que no da los frutos esperados. En España triunfa la República, pero los republicanos sofocan a fuerza de sangre y fuego los generosos movimientos cantonales.

Castelar con una mentalidad de bailarina, se entrega en brazos de los espadones para que le disuelvan un Parlamento en el que no tiene mayoría. Pavia da su golpe que le disuelva un Parlamento en el que no tiene mayoría. Pavia da su golpe de Estado precursor de la Restauración. Martínez Campo se pronuncia en Sagunto. Los carlistas se agitan en el Norte. Alfonso XII hace su entrada triunfal en Madrid. Los obreros, masacrados en Cádiz, en Alcoy, en Cartagena, en todas partes, ven desvanecerse sus ilusiones. Son inútiles los esfuerzos de Anselmo Lorenzo y sus compañeros por mantener firme la organización revolucionaria. España entra en un periodo de atonía. La Federación Regional Española tiene que volver a la clandestinidad, ferozmente perseguida por los obreros por los esbirros monárquicos...

La restauración es un golpe mortal a las ilusiones populares. En seis años han fracasado intentos generosos y esperanzas de completa regeneración nacional. El pueblo cae en el escepticismo. El desaliento gana todos los espíritus. España da la sensación de un inmenso cementerio. Cánovas habla de "galvanizar el cadáver de España" y afirma que "son españoles los que no pueden ser otra cosa". Acosadas, las organizaciones obreras se disgregan y disuelven. Ni aun

los trabajadores han podido librarse del general hundimiento. Son acaso, por el contrario, quienes con mayor fuerza experimentan el desencanto.

Creían cercana la revolución liberadora; esperaban alcanzar con facilidad los ideales propugnados por la Federación Regional Española. Ahora han vuelto a una situación peor que la de 1868. Muchos abandonan los ideales como un bello sueño que nunca tendrá realización. Otros trabajan por vencer la indiferencia colectiva y la persecución policial; algunos, dedicados a un estudio fecundo, van encontrando el camino que puede conducir a una resurrección triunfal del movimiento que aparece agonizante.

Durante unos años el movimiento obrero deja de existir prácticamente. Se editan manifiestos clandestinos y se reúnen secretamente delegados de las distintas comarcas. Pero la propaganda tiene dimensión escasa y los delegados apenas llevan otra representación de la suya propia. Hay un momento en que parecen renacer las esperanzas. En 1877 los republicanos no conformistas, los que no aceptan complacidos y sumisos la instauración de la monarquía borbónica, preparan un movimiento revolucionario. Cuentan con los trabajadores; La Internacional anarquista les ofrece todo su apoyo. Los líderes españoles –Anselmo Lorenzo, en

primera fila- recorren las provincias preparando a los obreros para la acción revolucionaria. El proletariado –las experiencias del 73 no han sido olvidadas- ve en la República un primer paso, que habrá que superar sin pérdida de momento, hacia la transformación social. Pero los republicanos se asustan y el movimiento fracasa antes de iniciarse. Castelar, oscilante, habla del posibilismo y licencia sus huestes. Muchos republicanos íntegros cruzan la frontera. Los trabajadores son perseguidos y acorralados con redoblado furor.

La desilusión de ahora es mayor aun que la del 74. Anselmo Lorenzo, entristecido, se coloca un poco al margen de la lucha activa, para reconcentrarse en el estudio. La organización obrera queda casi exclusivamente en manos de Francisco Tomás. Es un militante, pero está algo cansado. Añora los años de esplendor del proletariado y se mueve con dificultades en la clandestinidad.

Transcurren unos años de atonía, sin que sirvan de gran cosa los esfuerzos constantes de Fargas Pellicer, Viñas, Lluñas y Serrano. Al fin en 1881, a la caída del primer gobierno de Cánovas, el movimiento resurge. Se reúne en Barcelona un Congreso que aprueba los estatutos de la Federación de Trabajadores de la Región Española. Asisten ciento cuarenta delegados en representación de unos trein-

ta mil productores. Se aprueba un programa francamente colectivista, pero al mismo tiempo se pone el veto a toda acción revolucionaria parcial. Es difícil contener a los trabajadores. Los campesinos andaluces se han cansado de aguantar. En 1882, bajo la influencia de Fermín Salvochea, los labriegos jerezanos emprenden un movimiento revolucionario. La burguesía inventa la calumnia monstruosa de "La Mano Negra". La Comisión Federal se asusta ante la campaña realizada por toda la prensa, y rechaza todo apoyo a los perseguidos. Muchos militantes, andaluces principalmente, son expulsados como perturbadores. Nada corta sin embargo la represión y el movimiento, vuelto a la clandestinidad, desaparece prácticamente.

Durante cuatro años apenas sí da señales de vida. En 1886 resurge de nuevo potente, Anselmo Lorenzo, formada ya por completa su personalidad, torna con bríos inigualados a la lucha activa. Muere Alfonso XII y el pueblo siente renacer sus esperanzas. Empieza la agitación por la jornada de ocho horas. Están cercanos los acontecimientos de Chicago que han de conmover hondamente la conciencia adormecida del proletariado internacional. El primer síntoma de este formidable renacer es un manifiesto lanzado el 23 de febrero de 1886 por la Federación Barcelona a todos

los trabajadores de la Región Española. El manifiesto ha sido escrito por Anselmo Lorenzo y dice sintéticamente:

“Proclamamos la agrupación. La primera colectividad social es la agrupación local de los productores de idéntica profesión. El pacto fundamental se verifica entre el productor y la agrupación respectiva o similar de productores. Las agrupaciones productoras de una localidad celebran un pacto por el cual forman una entidad que facilita el crédito, el cambio, la instrucción, la higiene y la policía local, y celebra pactos con otras localidades para el crédito y el cambio en mayor esfera, a la par que las comunicaciones, transportes y servicios públicos generales y recíprocos; otras entidades, formadas en virtud de condiciones geográficas especiales, como calidad y configuración del terreno, clima, etc., pueden constituirse mediante pactos especiales, basados en principios económicos y de facilidad de producción, cambio y transporte. La tierra, las minas, las fábricas, los ferrocarriles, los barcos, y en general todos los medios de producción, transporte, cambio y comunicaciones, declarados de propiedad social deben pasar a título usufructuario a las colectividades trabajadoras”.

El manifiesto fue aprobado luego de amplia discusión. Servirá de base y punto de partida a todo el movimiento obrero durante los años sucesivos. En los congresos celebrados en 1886 y 1887 es desmenuzado punto por punto y aprobado luego con entusiasmo. Hay una frase en el manifiesto que es el punto principal de los debates. Anselmo Lorenzo ha escrito: "El trabajador percibirá el producto de su trabajo". Algunos piden que se incluya la palabra "íntegro". Anselmo defiende con elocuencia su punto de vista:

"La sociedad se funda en el principio de la solidaridad, consecuencia natural de la reciprocidad, y si la sociedad garantiza al individuo el goce de sus derechos mediante el cumplimiento de sus deberes, todos deben concurrir a la conservación de la sociedad, facilitando el desarrollo de los niños y sosteniendo a los ancianos. Por esta razón afirmo que hay que ir a una distribución racional del producto del trabajo".

Ricardo Mella muestra su disconformidad con esta tesis. Otros la defienden con entusiasmo. Se inicia una etapa fecunda de crítica elevada y polémicas fecundas en el movimiento obrero. Surgen numerosas revistas y periódicos libertarios. En *Acracia*, en *El Socialista*, en *El Productor*, en

La Tramontana, en *La Solidaridad*, destacan junto a los ya conocidos, valores jóvenes y nuevos del movimiento anarquista. Empiezan a difundirse en España, por medio de la prensa, las ideas de Kropotkin y Tucker. En torno a ellas, y a las de Proudhon, Fourier, Bakunin y Malatesta, se entablan discusiones que a veces desbordan los cauces de la cordialidad y adquieren tonos agresivos y adustos. Se mantienen posiciones distintas. Unos son colectivistas; otros partidarios del comunismo libertario; algunos defensores de una anarquía sin adjetivos innecesarios. Es el periodo intelectual más fecundo del anarquismo español. Son siete años de exaltación y depuración de las ideas. Es la etapa en que adquieren expresión magnífica los ideales un poco vagamente sentidos y explicados durante la primera época de la Internacional.

Anselmo Lorenzo es el alma de *El Productor*. A su lado aparecen muchachos que serán magníficas figuras en el movimiento libertario. Empiezan a destacarse y actuar valores sólidos como Pedro Esteve, como Tarrida del Marmol, como Adrián del Valle, como Teresa Claramunt, como Soledad Gustavo, como Juan Montseny. Están, también, un poco alejados de este grupo, Antonio Pellicer, Rafael Fargas Pellicer, José Llunas y Cuadrado. En Andalucía trabajan y escriben sin tregua ni descanso Ricardo Mella y Fermín Sal-

vochea. Las discrepancias teóricas amenazan con romper la unidad del movimiento anarquista. El peligro es rápidamente superado. En la discusión se salta del fanatismo y la intransigencia, a la crítica razonada y científica. Anselmo Lorenzo, que tiene siempre una visión certera de los problemas, es quien más trabaja para encausar el movimiento.

Paralelamente el desarrollo intelectual crece y se extiende el movimiento obrero. La prudencia recomenzada en 1881 por la Regional Española, ha sido abandonada definitivamente. Se lucha contra la burguesía en todos los terrenos. Los primeros de mayo se utilizan como una movilización general, como un recuento de fuerzas proletarias. Anselmo Lorenzo defiende la libertad de acción de los trabajadores, utilizando hábilmente el arma de la huelga general. En 1890 y 1891 la reacción catalana tiene que enfrentarse con dos magníficas huelgas generales que terminan en triunfos rotundos de los trabajadores. Por desgracia, a raíz del movimiento insurreccional campesino de Jerez en 1892, la leyenda de "La Mano Negra" se resucita, y en toda España se emprende una persecución a fondo contra las organizaciones proletarias. Mas en Cataluña el movimiento es demasiado fuerte para que pueda terminar con él una represión. Pese a todas, continúa su marcha ascendente, sostenido y estimulado por hombres del temple moral de Anselmo Lo-

renzo. A raíz del atentado contra Martínez Campos, *El Productor* deja de publicarse. Hay una represión dura que casi se enlaza con la que desencadenan las bombas del Liceo. Anselmo Lorenzo sigue sin desertar de su puesto de combate, escribiendo en el único periódico libre que aun se publica en Barcelona: *El Porvenir Social*. Es él quien sostiene la lucha y mantiene tensos los ánimos en esta etapa de grades dificultades. De pronto -1896- tiene que interrumpir bruscamente sus actividades. El 7 de junio estalla la bomba de Cambios Nuevos. La reacción se pone en pie de guerra, dispuesta a terminar con los anarquistas por todos los procedimientos. Se inicia una represión bestial. Anselmo Lorenzo va a conocer las torturas de Montjuich.

El proceso de Montjuich es un artificio monstruoso que subleva las conciencias de todos los hombres libres. Los presos pasan por todos los tormentos. Nada se rehuye con tal de arrancar declaraciones que sirvan de pretexto legal para asesinar el mayor número posible de anarquistas. Se fusila a unos cuantos. Otros enferman por los padecimientos. Anselmo Lorenzo resiste con estoicismo todas las pruebas y escupe su desprecio al rostro de los verdugos.

Pero lo que ocurre en Montjuich trasciende. En todas partes se celebran mítines de protesta y se escriben artículos

condenatorios para la barbarie gubernamental. La burguesía contempla, aterrada, como los procedimientos bestiales se vuelven contra ella. En Madrid, en Barcelona, en Bilbao, en toda España los trabajadores se agitan contra el crimen autoritario. Tarrida de Marmol y Juan Montseny realizan una campaña violenta y certera. Hay que dar marcha atrás. El gobierno quiere cubrir las apariencias legales. Pretende hacer pasar como un acto de magnanimidad suya la liberación de los supervivientes. Se propone a los presos de Montjuich que soliciten un indulto que les será concedido. Anselmo Lorenzo se indigna:

Yo no puedo pedir el indulto. Sería un reconocimiento implícito de una culpa que no tengo. Nada hemos hecho para ser torturados. ¡Qué me tengan encerrado todo el tiempo que quieran! Yo no tengo nada que solicitar de quienes se han cubierto de vergüenza con este crimen monstruoso...

Los presos salen de Montjuich. A Lorenzo no quiere la burguesía perdonarle su gesto digno. Le deportan. Anselmo se refugia en París. Allí traba amistad estrecha con Reclús, con Malato, con Albert. Trabaja con ahínco y escribe sin descanso obras que no tardarán en ver la luz pública. A fines de siglo, una amnistía le permite volver a España. En-

tonces aparecen, sucesivamente, *El Banquete de la vida*, *Vía Libre*, *El Pueblo* y *Vida anarquista*. Se cierra, con el regreso a España, la segunda etapa de la vida del gran luchador. De las horas amargas de escepticismo y desesperanzas, se ha pasado a un proletariado organizado y firme, con una conciencia clara de su deber y su misión, con influencias profundas y decisivas en la vida de España.

A horcajadas sobre la divisoria de dos siglos el movimiento libertario se afianza indestructiblemente. Montjuich fue una victoria obrera. Ahora se apresta a conseguir otras. Cruzara horas agitadas, momentos difíciles, años de prueba. Pero ya nada ni nadie conseguirá conmover su organización. Sufrirá persecuciones y masacres; vivirá en la clandestinidad; tendrá que cambiar incluso su denominación nacional en distintas ocasiones. Pero las asociaciones básicas, los sindicatos, continuaran en marcha ascendente. Y los militantes anarquistas sabrán, luego de cada represión, emprender de nuevo la marcha con bríos renovados. Cuando Anselmo Lorenzo retorna a España se llevan a cabo activamente los trabajos para reconstruir la organización nacional que, como en 1883, se llamará Federación de Trabajadores de la República Española. Se celebraran diversas

reuniones, que culminan en el Congreso celebrado en Madrid en el mes de octubre de 1900. Por esta época, Anselmo Lorenzo, que escribe sin velar su pensamiento, ha de hacer frente a una nueva persecución. Ingresaba en la cárcel, pero la cárcel sigue sin hacerle mella. Cuando sale continúa impertérrito el camino emprendido.

Vive España una hora crítica. La pérdida de los últimos restos coloniales hace temer a muchos su desaparición. Salisbury lanzó ya su "finis Hispania". En la paramera castellana todo es desolación y aplanamiento. Los trenos de Costa caen en el vacío. Nadie parece tener nervios ni fibra para reaccionar. Todos... [perdido el resto del texto]